

pero es evidente que lo exclusivamente receptor, si no es negativo en su dinámica, por lo menos no sale de la pasividad. Y la pasividad en todo orden de cosas es penosa. Es necesario pasar al otro extremo dialéctico: a la actitud emisora. ¿De qué?, se me podría preguntar. Es evidente que muy pocas, casi ninguna, son las cosas que pasan aquí dignas de mención. Pero aún así, pudiera muy bien ocurrir (como en la teoría periférica de James-Lange), que de tanto hablar, algo pasara. Bien valdría la pena.

*Buenos Aires literaria* anuncia un segundo número dedicado a Ricardo Güiraldes. Me alegro.

La segunda revista porteña se llama *Semirrecta*: *Semirrecta* se anunció como "un impacto en la conciencia argentina". Creí que se trataba de gente joven; pero encuentro entre sus colaboradores a don Enrique de Gandía y a don Arturo Berenguer Carisomo. Pero ¿entonces el impacto lo iban a propinar dos señores tan respetables? No coincidían los términos. O impacto o respetabilidad. Ni una cosa ni la otra. Pellizcón apenas.

La tercera revista de que me ocupo se llama, dije, *Nueva Revista del Río de la Plata*. El título me hizo pensar en Lamas y en Gutiérrez. La tapa en un grupo disidente de espiritistas. El contenido, prefiero callarme.

DAVID VIÑAS

#### OTRAS INQUISICIONES, Jorge Luis Borges, Sur, 1952.

Hacer distinciones entre las calidades de las pasiones es siempre comprometedor. El temor a las clasificaciones es obra de un prejuicio inconsciente que nos deja creer en la existencia de una sola pasión: la afectiva, la sentimental, que a veces puede referirse también a la estética. La pasión por las ideas, falsamente, incluye la lícita noción del apasionamiento por las cosas que se incluyen en ellas. Se habla del intelectualismo como de algo estático, un escaparate objetivo por el cual no corre la vida. Nada de eso. Se puede advertir que las ideas elaboran una existencia en todo semejante a la otra y que de sus relaciones, juegos, imposiciones, se desprende un cierto tipo de intensidad, sólo definible por vía de la pasión. Hay una pasión de las ideas, por las ideas, que no tiene nada que ver con las cosas que ellas representan, sin que a eso pueda atribuírsele frialdad. La vitalidad de las ideas puede manifestarse en las relaciones que entre ellas se crean, en la comprensión del especial mundo que fabrican, sin la conexión urgente, contagiosa, de los hechos. Los hechos tienen otro plano de consideración y para introducirse en él se precisa de otra intensidad, diferente de la que estoy tratando de limitar. He notado con claridad, en algunos casos, una pasión por las ideas, por ejemplo en Borges, a quien las menciones concretas de la realidad no le son sino una reminiscencia de otras cosas vividas en los planos superiores del espíritu, donde danzan las sombras de las cosas una verdad no ordinariamente comprehensible. Borges puede palparlas, considerarlas, valorarlas, con una capacidad de mensura estrictamente original, que no se desprende, sin embargo del contacto inmediato con la expresión, ni con el tema, que, aunque exteriormente propone, por su sola mención, variantes de interpretación, no sirve para comprender esas caracterizaciones tan manuales, tradicionales o académicas "ad usum docendi". Lo que Borges pueda decir por ejemplo de Dante o de Mallarmé nada tiene que ver con lo que generalmente conocemos como útil. Los temas que Borges considera, tienen entre sí una unidad de otra esfera, están ligados por apetencias menos fácilmente discernibles, pero tan íntimamente parejos que todo libro suyo se impone en bloque al espíritu. Quiero recordar *Carriego* u *Omar Kahyam*. Tan separados, tan distintos, tan otros mundos. Sin embargo, rasgando la superficie hay un encuentro en lo fun-

damental que es una idea. Tal vez la complejidad del mundo, tal vez el descubrimiento del mundo o su estupidez. Los temas son hechos accesorios aunque puedan atraerle. Ello es más tal vez por cierto impreciso ludismo, amor por las metáforas, profundidades de pensamiento sugeridas por las misteriosas palabras más que por los hombres que puedan haberlas proferido. Ello explica que pueda sentir y frecuentar Walt Whitman como Schopenhauer, el arrabal suburbano como el Talmud.

Estas vacilaciones quieren referirse a la última recopilación de sus artículos: *Otras Inquisiciones*. Creo notar tres o cuatro preocupaciones fundamentales: irrealidad del Universo, valor de la presencia temporal del hombre y cavilación sobre su existencia intemporal, descubrimientos. Me limito a constatar estas generalidades sin la intención de discriminarlas.

El libro llega intenso, preocupado, sugeridor. Pienso que mucho serían más que felices si lo hubiera escrito. Aún con eso quiero apuntar lo que intuyo es su principal limitación. Borges ha hecho corresponder al cosmos de sus exposiciones un mundo de palabras más precisas, que bucean en la inquietud para llegar a ser inseparables. La idea no es sólo ella sino también las palabras que la expresan: ni el vehículo para captarla ni simplemente la expresión adecuada. Las palabras suelen llegar a ser las ideas mismas; por las palabras de Borges se puede llegar a la intimidad de relaciones de otro modo imperceptibles. Estamos en pleno mundo de lo poesía. Me viene a la memoria el poema de Baudelaire: *Correspondences*. En esta creación de un estilo, Borges ha utilizado toda su vida pero al mismo tiempo se ha construido su propio laberinto, la imposibilidad de la evasión y por ello tal vez una insistencia, ahora ya no buscada, inseparable. Cuando cierta manera se ha encarnado a una personalidad caben las sujeciones recíprocas: el estilo llega a dominar al pensamiento y el que escribe a veces no puede escapar. Creo que está ocurriendo algo así con Borges. Viéndolo por otro lado, de todos modos confluyente a lo que dije acabo de decir, el libro me parece expresión de una madurez, lo cual es bastante aciago, aquí entre nosotros, porque la madurez no es generalmente muy prolongada, por lo costosa, y menos aun aquí que nos vemos arrebatados por tantas urgencias absurdas. No creo que Borges pueda ir más lejos, ni que consiga decirnos mucho más de lo que ya nos ha dicho. Se trata de una cárcel que nos impide llamarlo "maestro" a quienes quisiéramos uno, porque aceptarlo tal como ha llegado a ser, sería pública manifestación de nuestra esterilidad. Creo, no lo sé muy bien, que otros son los modelos que estamos necesitando, no para que nos den la luz sino para que nos enseñen cómo es que tenemos que limpiar nuestro propio camino.

Pero, en realidad, la limitación que propuse antes no es sustancial al fenómeno Borges y no lo modifica en nada. La consideración de su obra en sí misma, sin estos contagios, deja ver un libro incorporado a la historia pública y secreta de nuestra literatura. Agregar a esto la originalidad de la concepción sería redundancia. No sé si hay quien pueda llevar a esa concentración como lo consigue Borges. Poner tras dos o tres páginas, que exteriormente pueden ser vistas como circunstanciales, la carga de mundo y vida que llevan, no es precisamente sencillo para cualquiera. Es, de todos modos, su ambiente habitual.

Me parece que si alguien intenta alguna vez crear la imagen del escritor de estas "cruelles provincias", no podrá prescindir de la universalidad que las señala. Esto es el propio tiempo que una cualidad de géneros, es señal de la presencia en la tierra y la constante visión "pectore fidele". La inquietud de los mejores se manifiesta distintamente y sólo

esa diversidad enseña mucho del qué debemos hacer. Borges no se ha suprimido a ese "determinismo" y su presencia enriquecería notablemente dicha figura.

NOÉ JITRIK

ESCANDALOS Y SOLEDADES, *Alberto Girri*, Ed. Botella al Mar, Bs. As.

La primera impresión que se recibe en la lectura de este nuevo libro de poemas de Girri, es que no existe en él la preocupación ni el deseo de que el lector comparta sus estados emotivos. Tiene Girri una actitud opuesta a toda participación, de áspera soledad, de áspero *recogimiento*, en su doble sentido, que rechaza al lector ocasional, en tránsito. Girri no aspira a la compañía; a lo sumo, muy difícilmente, se abre al triste diálogo —comentario apenas— de sus duras vigiliás.

Y a pesar de la incesante presencia de Dios, no tiene Girri la actitud mística de entrega, de elevación, de contento. No. Su misticismo no es ni arrobo ni aniquilamiento: es el viril denuesto del que ha luchado a brazo partido con el Angel:

*concédeme la tierra,  
tú...*

En su imprecación evade todo juego retórico, lo elude con sistema, y, quizá, sea esa su especial retórica: sin el deseo efectista, sin la dulce música expresiva; que lo lleva a la concentración de las expresiones en simples conceptos, doloridos, desolados en su torsión hacia adentro, que van configurando esa angustiosa pérdida de la fe; *pérdida que inmanetiza aquel ímpetu místico*. ¿Se podría hablar de catarsis en la poesía de Girri? No creo, en tanto no domina ninguna perplejidad en su permanente escrutinio, sino que le place dudar.

Reclama Girri por boca de sus ancianos

...otra edad,  
otro verano.

Un coro de ancianos que suplica por algo pasado, pero que en realidad está exigiendo la muerte, una pronta partida del asco, de esa espesa y verde sopa que cubre todo, todo el contorno de Girri y que él acepta porque lo sabe terrible y definitivamente suyo.

Es el constante, el invariable acento de Girri (en *Coronación de la espera*, en los *Trece poemas*, en *El tiempo que destruye*), lleno de fatalismo, pero sin resignación alguna: fatalismo en tanto no sabe esquivar lo que se le impone por la fuerza de las cosas, de las circunstancias de un interminable, árido verano. No esquivo, pero se rebela.

Pienso que a alguien se le pueda ocurrir, cuando hablo de "invariable acento", que Girri es un poeta que se repite. Y es cierto. Girri es un poeta que se repite, que toca los mismos acordes de otros libros, de otros poemas, que gira sobre sí mismo, en su frecuentada trayectoria. Y transita por ella marcando la línea sinuosa de su límite, como por conocidos y únicos caminos. Se repite; pero esta repetición es la de quien insiste en su clamor, su único clamor, para ver de agotarlo en una persistente letanía, monocorde, oradante. Y a la que recurre para encontrar en ella su origen, su esencia. Así se inaugura constantemente, recuperando la época de la pasión y de la duda. Una búsqueda angustiosa, una impresión dolorosa, por un lado, y por otro, un áspero grito, una defraudada expresión.

Creo, por lo tanto, que el itinerario poético de Girri se podría simplificar así: búsqueda-encuentro-decepción. Pero al negarse a la gambeta vital ante esos secos dioses, bajo ese —este— duro verano, al aceptar la decepción al decir sí a este derredor, se alza, se libera, vuelve a su pri-